

# GLORIA MUÑOZ

---

## RAFAEL SANTOS TORROELLA

### “Altares vacíos”, paisajes y naturalezas muertas, de Gloria Muñoz. 1996.

Gloria – como ya he dicho en otra ocasión – “ve y pinta con amplitud, yendo a lo esencial y sustantivo con ademanes resueltos y con una seguridad de visión como la de quién sabe muy bien dónde ha de poner el ojo para situar en su punto justo la bala a éste destinada”.

En ello estriba la calidad de presencia convincente con que de inmediato se impone su pintura, en la que se plantean cuestiones pictóricas de fondo, a las que la feminidad coadyuva, en cualquier caso, desde la óptica de la profunda raíz estética que básicamente las determina.

Me estoy refiriendo a las producciones últimas de Gloria Muñoz, las realizadas por ella durante el verano de 1995, los últimos días de este año y los primeros de 1996, que pasó encerrada en su estudio-iglesia de la señorial villa de Perelada, fascinada por esos “altares vacíos” que se exponen ahora por vez primera en España, y, por aquellos paisajes reflejo de sus continuas escapadas a Port Lligat, Cadaqués o Port de la Selva; y a ese otro trabajo continuo, perseverante y apasionado de los bodegones que pinta en su estudio de Barcelona. Los primeros –los altares- son los que le comunican una dimensión nueva, de silenciosidad meditativa y de concentración espiritual bellamente asumida, a los lienzos que de allí se trajo ella y que fueron expuestos en Nueva York y ahora vemos, en parte, en Barcelona.

La serie que componen los mencionados altares impresiona por la dialéctica que se formula en ellos entre la solemnidad austera de lo sacro y, en contraste, el sentimiento de ausencia experimentado por el espectador ante el hiato que comporta la inmediatez del vacío de que aquéllos son así mismo protagonistas. Se trata de lienzos ejecutados a base de una riquísima paleta en verdes, azules y ocre, tal vez anaranjados, en los que el silencio envolvente actúa como contrapunto de un fervor que ha quedado entre testimonial y arremansado en las respectivas hornacinas, con sus mesas de altar y sus solitarios jarritos, donde una sencilla flor malva apenas susurra un hálito de vida entre los mármoles y jaspes

blancos, verdes o terrosos que lo acompañan...

La singularidad de los asuntos abordados, tan vivos aun, hace que los volvamos a descubrir ahora, como de pronto y a tras mano de un recodo o revuelta de su camino... pero sobretodo el tacto, la también silenciosa y “entrañada” voz con que están “dichos” todos los temas que apuntados quedan, así como los paisajes que les acompañan. Y, con ellos, esas otras composiciones a las que se suele dar el nombre de “bodegones” o “naturalezas muertas”, - títulos impropios, cuando el que en verdad les corresponde es el de la significativa expresión inglesa Still Life, traducible al castellano por Vida en reposo o Vida silenciosa- y que aunque tan briosamente tratados, tanto participan de la dialéctica expresividad de los primeros. Citemos: Anochece, con las dos cornejas que se observan en él y esa ventana abierta a través de la cual se ve un paisaje urbano entre dos luces; el Homenaje a María Zambrano, con un libro encuadernado en rojo, que recuerda una obra de la admirada pensadora; o ese otro lienzo, preferido por Gloria, integrado por dos bodegones en una misma mesa, larga casi como otro altar, o como un ataúd en el que resaltan las caracolas del frutero de uno de ellos. O, finalmente, el que titula Comunión con la realidad, en el que una reja ocupa todo el cuadro, y a través de la cual se ven los naranjos de un claustro, a cuyo propósito la autora nos puntualiza que “la realidad la vemos siempre como a través de una reja imaginaria”.

Rasgos como los que aquí se apuntan te reconcilian, quizá cuando más descuidados estabas, con esa verdad de la pintura desde la que Gloria Muñoz nos habla con acento propio y, en su transparente naturalidad, inconfundible. Un acento propio que lo es al tiempo que tan eficazmente coadyuva a que los sueños del arte a que se aplica sean, como a otro propósito tan significativa y cabalmente precisó María Zambrano, cuando se refirió al rescate y aparición de lo oculto en arte, “retenido en un lugar invisible sin darse de todo a luz: sin actualizarse nunca del todo”.

---